

LA VERDADERA NATURALEZA DEL INDIVIDUALISMO

Por Agustín Laje (*)

Como parte fundamental e ineludible del esfuerzo por hegemonizar culturalmente bajo las premisas del colectivismo a la sociedad, se hizo necesario inyectar en ésta una falsa idea de su opuesto: el individualismo. En efecto, anular la alternativa lógica de un pensamiento, es el camino más efectivo para el posicionamiento hegemónico del mismo.

En líneas generales, dos han sido principalmente las versiones ofrecidas sobre la naturaleza del individualismo. La primera, lo trata como un desvío moral según el cual todo hombre debe vivir para sí mismo, a pesar de que en ese intento deba sacrificar a los demás: es la idea del caníbal. La segunda, lo trata como un error analítico según el cual todo hombre es considerado como una suerte de átomo aislado actuando en el vacío donde la interacción con los demás no debe tenerse en cuenta: es la idea del naufrago aislado del mundo social.

Ambas caracterizaciones son intencionadamente erradas por cuestiones que se hace necesario explicar, en virtud de la magnitud del adoctrinamiento colectivizante que programa a las personas para pensar automáticamente en el individualismo en los términos antedichos.

La primera definición que incluye una completa desatención del individuo por sus semejantes al punto de poder sacrificarlos en aras de sus propios fines, contiene en sus raíces –paradójicamente– la lógica colectivista: la negación de que todo hombre sea un fin en sí mismo y que, por consiguiente, existan hombres pasibles de ser reducidos a la condición de “medio”.

La segunda definición por su parte, al explicar que una visión individualista de la realidad divorcia al individuo de su medio social, está nuevamente insinuando que se trata de la idea según la cual el otro no existe. Pero sólo un ingenuo arriesgaría a descartar la influencia de los individuos entre sí en el marco de sus interacciones.

Dicho lo que el individualismo no es (ni una reivindicación del canibalismo ni una defensa del atomismo aislacionista), de inmediato surge el inevitable interrogante: ¿Entonces de qué se trata el individualismo? Pues se trata del reconocimiento de que cada individuo es un ser único, inigualable e irrepetible en interacción con otros seres únicos, inigualables e irrepetibles; que es el dueño de su existencia y que, por tanto, su vida no le pertenece a su prójimo ni su prójimo le pertenece a él; que es parte componente de una sociedad –esto es, de un conjunto de individuos en permanente interacción–, y no un engranaje de un todo superior que en cualquier momento puede reclamar su descarte; en concreto, que un individuo es un fin en sí mismo y no un medio de los demás.

Tal es la naturaleza del individualismo. Tal es la naturaleza de una idea que, lejos de dissociar al individuo de su dimensión social, la tiene tan en consideración que sólo admite que las interacciones entre los hombres se den en forma de intercambios voluntarios y cooperativos (la solidaridad, por caso, es una viva expresión de la individualidad) donde nadie deba sacrificar ni ser sacrificado. Y a estos efectos, el individualismo reclama no la anarquía, sino un sistema ordenado donde los derechos del individuo sean el centro de gravedad del ordenamiento social.

Así como toda acción humana es precedida por una idea, toda sociedad es conducida por una filosofía que aparece relativamente implícita en su seno y de la cual emanan aquellas ideas que los

individuos consideran al momento de actuar. La tragedia de nuestro tiempo se puede resumir en la intencionada desnaturalización del individualismo, alternativa lógica del colectivismo, que posiciona a éste último como filosofía hegemónica en la sociedad.

Las bases del colectivismo están sostenidas por la idea de que la sociedad, lejos de ser un mero conjunto de individuos y sus interacciones, se trata de una entidad superior al individuo con fines propios distintos a los de éste. El corolario fundamental de esta idea es que el individuo no tiene derecho a existir para su propio bien sino para cumplir con lo que la sociedad “dispone” y le “exige”, y que por lo tanto ni su vida ni su trabajo le pertenecen. La gran estafa de esta elucubración intelectual es deificar una abstracción como la sociedad poniéndola al margen de cualquier voluntad individual: cuando nos dicen que aquella tiene “fines”, en verdad se están refiriendo a los fines que tiene un grupo de individuos que se adjudica arbitrariamente la voz de este dios moderno.

Observe por un instante a su alrededor y advertirá que las premisas colectivistas están dando forma a lo que nos sucede: el individuo está siendo progresivamente despersonalizado dentro de la masa; la soberanía que tiene sobre su existencia se está diluyendo para ser subordinado a lo que se considera como el “bien” de la “sociedad” (eufemismo que cada vez se asemeja más al bien de todos menos el suyo); su vida y su trabajo están siendo hipotecados en favor de todo aquel que, arguyendo falsos derechos, reclame aquello que no le pertenece; y las interacciones entre los individuos están siendo cada vez menos voluntarias, y más coercitivas.

En la medida en que no se recupere y reivindique la verdadera naturaleza del individualismo, la filosofía colectivista empujará cada vez con mayor fuerza al hombre a jugar el papel de animal de sacrificio. Y existe sólo una manera de corromper al hombre en tal grado que, además de aceptar este juego de caníbales morales, lo haga desprevenida y hasta gustosamente: destruyendo su individualidad. Verdad ésta, que han comprendido a pie juntillas aquellos que vislumbran la conquista del poder del Estado como método, y el saqueo como propósito.

() Tiene 23 años y es autor del libro “Los mitos setentistas”.*

www.agustinlaje.com.ar | agustin_laje@hotmail.com | @agustinlaje